

misma altura que por delante; resulta, por lo tanto, ondulado el borde superior. Hay que fijarse previamente en la distancia que media entre los puntos á que según acabo de manifestar llegará el vendaje, haciendo para ello que el niño ponga el tronco en suave extensión, ayudándole con nuestras manos, pero sin levantarle los brazos, porque una experiencia que ya va siendo larga me ha enseñado que exige mucho cuidado este detalle; pues si se deja corto el vendaje no llena bien su cometido, y si es excesivamente largo molesta y traumatiza; y como cuando está el niño suspendido se hallan los brazos en un grado de elevación que no han de conservar después, hay que calcular con la mayor exactitud posible la longitud que se debe dar al vendaje, para que cuando cese la suspensión no haga daño en las axilas. El mismo cuidado aconsejo respecto del límite inferior del vendaje y de la anchura en general, pues hay que tener muy presente que la suspensión modifica algo la forma del tronco, y que cuando cesa tiende éste á recuperar su disposición primitiva. El objeto que debemos llenar le formularé del modo siguiente: debe calcularse la longitud y anchura del vendaje, de suerte que *mantenga al tronco en la mayor extensión posible, pero cómodamente, sin violencia y sin ejercer compresión alguna*; y al efecto debe señalarse con tinta en la elástica el diferente nivel que han de alcanzar en cada punto los bordes superior é inferior del vendaje. En estas líneas que marcan los límites debe coserse un burlete que haremos previamente con algodón y gasa, dando al pie del burlete una anchura de tres centímetros para que el vendaje pase sobre él; aconsejo que no se coloque burlete en las axilas, porque molestaría seguramente al niño.

Comenzaremos á poner la venda por la parte inferior, aplicándola suavemente, á su caer, dando tres vueltas superpuestas en cada punto y haciendo que las inmediatas superiores cabalguen sobre las inferiores un centímetro próximamente, y así vamos subiendo hasta llegar al límite que he indicado; como por delante y por detrás hay que alcanzar mayor altura que en las axilas, lo conseguiremos mediante la natural distensibilidad de la venda de gasa, y haciendo los pliegues y los inversos que sean necesarios; pliegues é inversos que no encuentro ningún inconveniente en que se hagan en cualquier punto del vendaje que sean precisos. Las vueltas de venda han de seguir con la mayor exactitud posible la dirección de la superficie cutánea, adaptándose á la forma del tronco, de manera que sin apretar ni lo más mínimo, no se deje tampoco hueco alguno, sino que quede el vendaje suavemente apli-

cado en toda su extensión. Una vez terminada la aplicación del vendaje, se ranversarán un poco hacia afuera, tanto el borde superior como el inferior, para evitar que, á pesar del burlete, traumatizen á la piel. Debe ponerse además un tirante en cada lado, hecho también con venda escayolada, y colocando debajo algodón para que no moleste al niño, con el objeto de que el vendaje no descienda por la acción de la gravedad, ni se alteren, por consiguiente, sus relaciones con el tronco.

Hay que dejarle puesto muchos meses, pero renovándole cada tres ó cuatro y encargando á los padres que observen cuidadosamente al niño, para que en el caso de que le hiciera daño quitársele al momento, lo que se realiza fácilmente cortándole de arriba abajo en la parte media por delante, con las cizallas ó con la sierra en forma de cresta de gallo, y á falta de estos instrumentos con una navaja, con la cual se va cortando poco á poco el vendaje de fuera adentro, colocando un dedo por debajo de éste en el punto en que actúa la navaja, para no herir al niño.

Aunque se recomienda por eminencias científicas cuando la jiba forma un ángulo agudo preservarla de la presión del vendaje por medio de algodón, ya colocándole en forma de círculo alrededor de ella, ó ya poniendo un cilindro á cada lado, considero inútil é inconveniente semejante práctica, porque el algodón se aplasta pronto y deja ya de servir de preservativo de la compresión, y porque la pequeña bóveda que formaría el vendaje en ese punto, al quedar en parte hueca favorecería la movilidad del vendaje, y tal vez la producción de rozaduras. Para evitar la compresión, lo que yo hago y aconsejo se practique siempre, porque creo que es lo único y verdaderamente eficaz, es aventanar el vendaje, después de seco, en el punto correspondiente á la joroba, en toda la extensión que sea preciso, hasta dejarla por completo al descubierto; esta abertura no priva al vendaje en lo más mínimo de su utilidad, porque como conserva la continuidad por encima y por debajo, no pierde la solidez, sobre todo teniendo en cuenta que su principal papel es impedir la flexión del tronco hacia adelante y hacia los lados, para lo cual no influye nada el orificio en cuestión.

El *fieltro poroplástico* inglés yo le he ensayado algunas veces, y he quedado tan descontento que le he abandonado completamente; no sé si hechos los corsés en la fábrica, donde tendrán elementos adecuados para ello, con sujeción á las condiciones de cada caso, estarán bien; pero los que yo he mandado comprar del tamaño más aproximado posible para adaptarlos á las proporciones del niño, no han dado resultados



satisfactorios. Para reblandecer el fieltro me he visto obligado á introducirle en agua muy caliente; pero como es de bastante espesor, aunque se ablanda, queda siempre con la consistencia embarazosa de una cosa gruesa, lo que dificulta su adaptación á las jibas angulares pequeñas; además, al sacarle del agua quema, y aun cuando para cogerle se pusiera uno guantes para poderle manejar bien, se endurece muy rápidamente, es decir, en el transcurso de pocos segundos, pues he observado que aún conserva calor bastante para que no pueda tolerarle la mano desnuda y, sin embargo, ya ha recuperado una consistencia que le hace inadaptable á las partes, y se endurece con rapidez cada vez más. Dos clases he ensayado: el uno se reblandece más que el otro, y en cambio se endurece después incompletamente, pues queda ya quebrantado y sin la tersura necesaria; pero ambos ofrecen los inconvenientes que dejo dicho, y los creo, por lo tanto, igualmente inadmisibles.

He visto otros corsés de fieltro que, según tengo entendido, son de fabricación catalana, en los que, sin duda para que no lastimen al niño, la parte que corresponde á las axilas, á las mamas y á las crestas ilíacas es siempre blanda; pero esta circunstancia, que parece conveniente á primera vista, no lo es, sin embargo, porque hace que no pueda mantener el tronco derecho por falta de suficientes puntos de apoyo, ya que las zonas blandas laterales superior é inferior y la antero-superior no presentan la necesaria rigidez para llenar su papel contentivo.

Yo aconsejo muchas veces en la consulta pública, cuando por cualquier circunstancia no es posible aplicar un vendaje enyesado, que hagan al niño un corsé de tela fuerte como los que usan ordinariamente las mujeres, pero sin ballenas ni pespuntos y sin broches, sino ajustado mediante ojetes y un cordón, y de la misma altura y forma que he dicho al describir el de escayola, aventanándole también en el punto correspondiente á la jiba. Una vez hecho el corsé y visto que sienta bien, debiéndole poner una tira de lienzo á cada lado que vaya de atrás adelante por encima de los hombros y se sostenga con un botón, con el fin de que el corsé no descienda, es decir, unos pequeños tirantes, aconsejo á los padres que manden hacer seis barritas de hierro, de la misma longitud que la parte del corsé en que se aplican, una á cada lado del esternón, equidistante de éste y del pezón, otra á cada costado, es decir, por debajo de la axila, pero sin que llegue á la parte alta de ésta para que no moleste, y otras dos detrás, una á cada lado de la columna vertebral, separadas de la serie de apófisis espinosas tres, cuatro ó más centímetros, según la disposición de las partes; estas barras tendrán

un centímetro ó centímetro y medio de anchura; el grosor necesario—pero nada más que el necesario—para que sean inflexibles; las extremidades redondeadas y además recubiertas de varias capas de tela, para que no hagan daño; seis ú ocho orificios para sujetarlas mediante un cosido al corsé; y de una forma cada una de las barras *exactamente igual* á la parte del tronco en que se há de aplicar, para lo cual las dará el herrero la forma en la fragua cuando está el hierro enrojecido.

Como á veces el corsé no lo hacen todo lo bien que es preciso para que esté adaptado con exactitud al tronco, puede reemplazarse por una elástica que le esté al niño justa, á la cual se la forra de tela en toda su extensión después de aplicada, para que no se pueda distender ya más, y luego se cosen las barras de hierro; á la elástica se la quitan las mangas, porque no hacen falta.

El objeto de este sencillo aparato que aconsejo, lo mismo que el vendaje de escayola, es impedir que el tronco se doble en ningún sentido, pero *sin que ejerza ninguna compresión ni molestia*. Queda así satisfecha la indicación de inmovilizar el tronco; pero aún existe otra: la de evitar la gravitación de la cabeza y de la parte superior del tronco sobre las vértebras afectas, que es más difícil de llenar, y para lo cual se han construido diferentes aparatos, mas todavía no se ha realizado este ideal. En el vendaje de escayola se debe hacer, por de pronto, que la parte que corresponde á las axilas sea suficientemente alta, para que descansa sobre ella la raíz de las caras interna y posterior del brazo,—pero ranversada hacia afuera y recubierta de algodón para que no haga daño—, con el objeto de que sirva de sostén á la parte superior del tronco y evitar así que grave sobre la región afecta; pero obsérvense sus efectos, por si las molestias que produjera al niño obligaran á recortar el vendaje por debajo de los brazos, lo que se efectuaría en la extensión que fuera necesaria. La permanencia en cama en posición horizontal es la que evita completamente la presión que en el raquis ejerce la gravedad; pero ya he dicho antes mi parecer acerca de este particular.

Respecto del método de Calot, que tan discutido ha sido, diré mi opinión en breves palabras. No lo he practicado jamás, porque no me explico cuál pueda ser el mecanismo anatomo-patológico de su acción beneficiosa, pues siendo una condición convenientísima la mutua aplicación de las superficies cruentas para que se realice cuanto antes la cicatrización, como lo demuestra la duración mucho más larga que ofrece una herida cuando no es posible ocultarla mediante la aproximación de las partes contiguas, supongo que la separación de las su-



perfiles lesionadas de la columna vertebral ha de ser una circunstancia desfavorable para el trabajo restaurador de la oquedad tuberculosa. Además, le creo peligroso porque la acción enderezadora de la columna vertebral es completa é inevitablemente ciega, no pudiéndose predecir sus resultados, sino que hay que juzgarles *à posteriori*, cuando ya se han realizado; no sabemos en qué estado se encuentran las lesiones vertebrales y las partes periféricas; no es posible calcular con seguridad por qué punto va á producirse la extensión raquídea, si por la que es asiento de la tuberculosis ó por otro distinto; ignoramos qué desgarrros tendrán lugar; en una palabra, es desarrollar una potencia contra una resistencia—lo mismo si se emplea el enderezamiento brusco que el lento—, con tal desconocimiento de lo que se hace, que es imposible evitar los peligros; porque aunque se tenga el cuidado más minucioso en las maniobras jamás hay seguridad de no hacer daño, porque el más pequeño esfuerzo implica ya violencia y, por consiguiente, posibilidad de un destrozo ciego.

No discuto, pues, las indicaciones y contraindicaciones de semejante recurso, porque le rechazo en principio; y no digo en absoluto, porque en un niño con mal de Pott, acompañado de paraplegia, la cual hubiera resistido á los medios de tratamiento que después manifestaré, creo que debe ensayarse el enderezamiento con gran prudencia, si no hay circunstancias que lo contraindiquen.

La única extensión que yo practico por lo general es la que podría llamar *muscular*. Efectivamente, en el niño que padece tuberculosis vertebral la giba que presenta ofrece dos factores patogénicos: la destrucción ósea y la contractura, pues comenzando el enfermito por contraer voluntariamente sus músculos para adoptar la actitud menos molesta, la continuidad de la contracción acaba por tomar carácter contractural. Ahora bien; de estos dos factores yo no modifico de ordinario el óseo en lo más mínimo, sino que me limito á combatir suave y lentamente la contractura muscular mediante la suspensión prudente y paulatina del niño en el aparato de Sayre, y una vez que lo he conseguido, lo cual es muy fácil, dejo la giba en la disposición en que se encuentra y aplico el vendaje enyesado.

Rechazo completamente *la ligadura de las apófisis espinosas*, porque la creo susceptible de crear complicaciones.

El tratamiento que aconsejo para los fenómenos *paralíticos* es el reposo en cama, teniendo á la vez el niño puesto el vendaje enyesado; régimen lácteo, absoluto primero y después mixto; embrocaciones en la

piel que cubre la giba con la pomada de *nitrato de pilocarpina* en la forma que he dicho al estudiar la escarlatina; y, por último, *revulsión* en el mismo sitio, según he manifestado al ocuparme de la parálisis pseudo-hipertrófica.

Al *mal suboccipital* es aplicable el mismo tratamiento *higiénico y farmacológico* del mal de Pott, y lo que con relación á éste he dicho del reposo, pero el aparato inmovilizador de las partes afectas es distinto, pues los corsés que he descrito no sirven cuando la lesión radica en la parte superior de la región dorsal del raquis ó en cualquier punto de la región cervical. En todos estos casos hay que apelar al vendaje enyesado, dándole la altura necesaria y la forma conveniente para que sostenga la cabeza en la debida posición, ó al aparato llamado *minerva*, que consiste en un corsé—no de escayola—, en cuya parte posterior se pone una ancha placa metálica, á la cual se fija una barrita de hierro inflexible, que pasando por detrás del cuello, del occipucio y por encima del sincipucio, siguiendo la dirección de estas superficies, pero separada de ellas dos ó tres centímetros, termina por encima del principio del cabello por la parte anterior. De este extremo del vástago metálico se cuelga una correa enguatada y de unos tres centímetros de ancha en su parte inferior, que pasando por debajo de la barba va á terminar al mismo extremo de la barra metálica; de esta suerte queda la barba apoyada en la correa y descargadas las vértebras cervicales de parte—aunque por desgracia pequeña, por lo cual conviene mucho en esta enfermedad el reposo en cama en oposición horizontal—del peso de la cabeza y además impedidos los movimientos de flexión de ésta. Mas para que tampoco pueda efectuar movimientos laterales, debe agregarse al aparato otra pieza, consistente en una barrita metálica, á la que se da una forma ovalada igual á la del perímetro horizontal superior de la cabeza, al cual debe adaptarse contorneándole suavemente, sin ejercer presión ni molestia alguna. Esta barrita horizontal se fijará á la vertical—es decir, á la que sube por detrás del cuello—en el punto correspondiente á la parte alta del occipucio, de manera que rodee á la cabeza, pasando por los lados y por la frente á 2 ó 3 centímetros por encima del pabellón de la oreja y de las cejas. Como tendrá que llevar el niño este aparato mucho tiempo, se harán en él las amplificaciones que exija el crecimiento.

Teniendo en cuenta que la tuberculosis vertebral es de curso crónico y se exacerba fácilmente, debe prolongarse el tratamiento todo el tiempo que la prudencia aconseje.